

CUPEY MODELO PARA ARMAR

Sé que al hablar de la revista *Cupez* debería comenzar por el principio, el concepto inicial, las etapas de su desarrollo, etcétera, pero no lo haré. Ya a estas alturas soy una revistera de oficio (*Zona de Carga y Descarga*, *Palabra de Mujer* y ahora *Cupez*) y volver la cabeza hacia atrás para revisar tantos años transcurridos me produce el vértigo que me produce asomarme a la calle desde lo alto de la torre del Empire State Building en Nueva York. Simplemente, uno no sabe por qué ha trabajado tanto y para qué, y un cansancio implacable comienza a corroer mis huesos hasta producirme tanta debilidad, que no dudo mis piernas van a desmoronarse como se desmorona una torre de dominós o un castillo de arena. Pero aquí estoy para hablarles de *Cupez* (sentada, menos mal) y debo hacerlo porque dije que lo haría, de modo que ni modo.

Quiero hablar primero de cómo yo siento la revista. Cada número que planifico, reúno e investigo, representa para mí un reto diferente. Es como si se tratara de un *collage*, de una escultura hecha con pedazos encontrados o elaborados por otros que yo reúno para construir un signo, un cuerpo significativo. Ha sido así desde que yo comencé a dirigir *Cupez* en el 1987, ocasión para la cual escogí los ensamblajes de Nick Quijano como tema de portada. No pensé, al escoger las esculturas de Nicki, que su manera de construirlas tendría algo que ver con mi manera de sentir la revista. Tal vez fue la coincidencia lo que me proveyó el modelo. Recuerdo que caminé con Nicki por las playas de La Perla recogiendo basura pulida por el mar, retazos, desperdicios de la civilización que el mar devuelve. Nicki almacenaba pedazos de suelas de zapatos, botones, manubrios de bicicleta, alambres, piezas de motor y cerámica, en el techo de su casa y los organizaba según el material. Con los objetos encontrados al alcance de la mano procedía a armar sus personajes, el Toro de portada, por ejemplo.

Claro que la revista no es un personaje, como tampoco los textos de nuestros mejores escritores, los cuales siempre han estado dispuestos a colaborar con alegría, son desperdicios pulidos por el mar. Sin la colaboración de escritores como Edgardo Rodríguez Juliá, Ana Lydia Vega, Rosario Ferré, Magali García Ramis, Edgardo Sanabria Santaliz, Rubén Ríos Avila, Mayra Montero, José Luis Vega, Hjalmar Flax y otros compañeros de oficio y generación, no hubiera podido hacer ni un sólo número de la revista. Estos escritores expresan un modo de sentir a Puerto Rico y el mundo, de inventarlos, desmitificarlos y mitificarlos, que es diferente, original, y a menudo deslumbrante. Si ellos no escribieran así, yo no tendría mucho que decir en *Cupez*. Al menos, no tanto.

Pero escriben así, y yo sentía la revista como un cuerpo a construirse con ellos y para ellos y tal vez por eso quise destacar las artes plásticas. *Cupey* había comenzado a publicarse en 1984 bajo la dirección de Emilio Díaz Valcárcel y siempre tuvo la obra de un pintor o grabador puertorriqueño ilustrando la portada. El primer número, recuerdo, llevaba en portada un cuadro de Nelson Sanbolín, quien había diseñado el logo. Pero no tenía una sección dedicada a las artes plásticas, ni tampoco un ensayo sobre la obra del artista de portada.

Al heredar la revista en el 1987, le introduje la sección de artes plásticas, ensanché la revista para que fuera cuadrada, le añadí una sección de comics, una buena dosis de humor, fotos, color, papel de brillo y qué sé yo cuántas cosas más. El proyecto de la revista era visual además de verbal, plástico además de literario. Hace siete años ya despuntaba la efervescencia pictórica de la que disfrutamos actualmente, y yo sentía que la investigación histórica y sociológica, la plástica y la literatura eran parte de un mismo movimiento colectivo. Había por entonces algunas revistas dedicadas a la plástica, otras a la literatura y otras a trabajos de investigación, pero yo quise una revista donde hubiera de todo, como en botica; en especial las boticas o farmacias de hoy en día, donde además de medicinas, hay pan, jamón y queso, coca-cola, *yogurt*, pantaloncillos, insecticida, *flat-tire*, lápiz labial, perfumes y jabones, cremas humectantes, aretes, collares, revistas y hasta libros.

Por supuesto que exagero. Quise integrar varias disciplinas y entretrejer discursos y códigos. Edgardo Rodríguez Juliá escribió sobre Nick Quijano y Raimundo Travieso. El crítico literario Efraín Barradas comentó una exhibición de pintura puertorriqueña en los Estados Unidos. Rosario Ferré escribe, en el próximo número, sobre un pintor ponceño y yo he escrito sobre escultura (Quijano) y pintura (Roche, Sobrino, Marta Pérez, Julio Tomás Martínez, Jaime Fournier y en el próximo número Myrna Báez).

Hasta cierto punto, la obra del artista escogido para portada, y para el ensayo con el que el cuerpo se abre a la lectura, funciona como un hilo conductor, columna vertebral y pegamento, ya que todas las portadas de secciones van ilustradas con la obra del artista. Inevitablemente, entonces, cada número concebido de esta manera posee un tono único. El primer número que ensamblé, dedicado a Nick Quijano, posee la sencillez estructural y el tono experimental del artista, y más aún porque fue el mismo Quijano quien diseñó la ubicación de las fotos, la variedad de letras de tipografía y la variedad del ancho de las galeras. Felizmente, ese número coincidió con la visita de Nicanor Parra a la Universidad Metropolitana e hice grabar la actividad, la cual transcribí palabra por palabra, y personalmente, para incluirla en la revista. La presencia poética poderosa de Parra, el autor de *Artefactos*, destacaba el carácter experimental de *Cupey* y los artefactos de Nick Quijano —que así los llama— complementaban esa idea.

A pesar de que no todo lo incluido era de igual calidad, ese número sigue siendo uno de mis favoritos. Tiene un no sé qué estético que me atrae.

El próximo número, *Cupey* vol.IV, núm. 2, 1987, es algo más abigarrado, a tono quizá con el barroco apasionado de Arnaldo Roche. Cada número posterior adquiriría algo de la personalidad del artista de portada. El número dedicado a Carmelo Sobrino coincidió con la visita a la Universidad Metropolitana de Manuel Puig y de nuevo transcribí la actividad, lo cual hice también con la visita de Antonio Benítez Rojo, quien coincidió con el número dedicado a Julio Tomás Martínez. Hubo en este número una especie de nostalgia histórica bastante peculiar.

De esta manera *Cupey*, siempre con un artista para marcar el tono e incluyendo algunas actividades de la Universidad que la patrocina, es un cuerpo constante y consecuente que se transforma con cada edición. Se ha publicado, sin interrupciones, desde el 1984 hasta ahora; casi diez años. A esta pauta de continuidad y transformación aporta significativamente el comic de Nadia Martín, autora de la tirilla "Tuta y Tita" en *El Nuevo Día*, quien reescribe al Príncipe Valiente, a Caperucita, a Cortés y la Malinche, y a otros superhéroes, con ánimo irreverente.

Todo lo dicho no quita que *Cupey* sea una revista universitaria. Los planteamientos de Leonides Santos Vargas, quien era rector del entonces Colegio Universitario Metropolitano, y a quien debemos (debo) la creación de la revista, aún son válidos. Decía Santos Vargas en el número 1 de *Cupey* en el 1984: "La comunidad académica del Colegio Universitario Metropolitano se ha propuesto diversificar los modos a través de los cuales contribuir al adelanto y enriquecimiento de la cultura y el conocimiento en el Puerto Rico contemporáneo. Comprometidos como estamos con la difusión del conocimiento mediante el laborioso y paciente ministerio de la cátedra, ofrecemos, con la creación de la revista *Cupey*, una alternativa de expresión a las ideas y creaciones del talento universitario puertorriqueño".

Creo que *Cupey*, en sus diez años de existencia, sigue siendo una revista universitaria ante todo, pero ha ampliado sus perspectivas para incluir el comic, la plástica, la fotografía y el tono irreverente que caracteriza las obras de ruptura y los textos de naturaleza experimental. He querido en todo momento reflexionar sobre lo que presento. No basta ilustrar una revista con obras de artistas puertorriqueños, también hay que pensar las obras, escribir sobre ellas, indagar en las razones detrás de cada forma, detrás del uso del color y de la línea. No basta con incluir el comic. También quise dedicarle un número a sus códigos, el volumen 8 del 1991. En esta ocasión Johanna Emmanuelli dedica varias páginas ensayísticas al octavo arte y sus prácticas significantes.

Finalmente, *Cupey* siempre ha estado abierta al diálogo con otras revistas, pero los últimos diez años no se han destacado por agrias (o dulces) polémicas entre revistas. En meses recientes se ha generado cierta controversia en torno a la lectura de algunos textos de Rodríguez Juliá que hacen Rubén Ríos y Juan Gelpí, entre otros, versus la que hace Rubén González, un crítico puertorriqueño

que reside en los Estados Unidos. *Cupey* ha estado abierta a las distintas opiniones, que encontrarán un espacio propio, para pelear si lo desean, en una sección que inauguro en *Cupey* 1993 y que se titula "Línea Indirecta".

Sólo puedo añadir que no me gusta hablar de *Cupey*. Me gusta hacerla: seleccionar textos, corregir las pruebas, conseguir fotos, tomar fotos, diseñar páginas con Nicki, Nadia y ahora, para este número, volumen X, 1993, con Isabel Calderón; recortar las galeras, pegarlas con pega, tape, saliva, pensamiento, mandar a hacer las separaciones de colores, etcétera.

Yo sólo pido que me dejen hacerla mientras me dure el enchule.

Olga Nolla
Universidad Metropolitana